

esta mañana, y me ha contado todo... Obtuvo el consentimiento de la joven, pero sin trabajo.

—Sí—murmuró el coronel,—pero queda esa dificultad.

—En efecto... ¿Qué hacer?

Magdalena de Arvil entró.

La marquesa la conocía muy poco personalmente, mucho de haber oído hablar de ella.

La marquesa, después de algunas palabras de cortesía, abordó el asunto que la llevaba á la Forge.

—Tengo el honor de pedir la mano de la señorita Aurora para mi hijo Jorge—dijo.

Magdalena iba á contestar.

El coronel la llevó hacia una de las ventanas del salón.

Y mirándola con la apasionada ternura que sentía por ella, la dijo:

—Aurora no tiene apellido ni tampoco padre. ¿Queréis que la demos lo uno y lo otro?

Y añadió en voz baja con sonrisa paternal.

—¡Esto será sin duda un sacrificio para vos, pero habéis hecho tantos!

En el corazón de Magdalena hubo un segundo de vacilación.

Y, de pronto se decidió.

Levantó los ojos llenos de lágrimas hacia el coronel y murmuró con dulce voz.

—Sí, amigo mío, porque ¿quién sabrá querer mejor que vos?

Y el señor de Brancur fué quien contestó á la marquesa:

—Con muchísimo gusto consentimos en la unión de la señorita Aurora de Brancur con el señor marqués Jorge de Caylus.

Aquella tarde, después de comer, Aurora se cogió del brazo de su amiga, diciéndola:

—Ven.

—¿Adónde?

—Primero al jardín, luego veremos.

Bajaron, en efecto, al jardín; hicieron un ramo de siemprevivas, y desde allí se dirigieron al cementerio de la aldea, por la avenida de los árboles seculares.

Ya era de noche cuando llegaron al pie de la iglesia.

Aurora se arrodilló sobre la piedra de granito que cubria la fosa del general Fugeret, y atando las flores que llevaba en la mano, á la cruz, murmuró:

—A vos, mi verdadero padre, mi amor y mi eterno recuerdo. Vendré con frecuencia á orar sobre esta tumba, y que no sea nunca feliz si llego á olvidaros.

V

Hoy.

El tiempo ha pasado.

Seis años han transcurrido desde la boda de la hija de Jaime Fugeret convertida en Aurora de Brancur por consecuencia del casamiento de su madre y de su propia legitimación, generoso fraude del coronel en su acta de matrimonio con el hermano del marqués Raimundo de Caylus, muerto por causa de ella.

Los lejanos acontecimientos que hemos narrado, conocidos solamente de algunos, están olvidados por la mayor parte de nuestros contemporáneos.

La madre del joven marqués Jorge de Caylus, no tiene motivos más que para alabarse de su nuera que realiza para ella la perfección de su género.

Aurora es un rayo de sol en el viejo hotel, la gracia radiante, la bondad resplandeciente sobre todo lo que la rodea.

Educada en la gran escuela de la desgracia, tiene indulgencia, dulzura y caridad, esas tres virtudes teológicas de los felices y de los ricos.

La joven pareja habita poco en París.

Pasa todos los años algunas semanas en Avignonac, donde los Chavarux han conservado su puesto, pero sin tener sus cargos, gracias á las ayudas que se han encargado de sus tareas.

Aurora no ha podido olvidar que, después de todo la Claudia la sirvió de madre durante sus primeros años.

Además, la pobre mujer ha sido bien castigada por sus ambiciosas ideas.

Estas abortaron miserablemente.

Su hijo pereció allá, á donde había ido á buscar fortuna.

El señor Pilet-Desbuttes, cuyos mal adquiridos bienes ambicionaba ella, murió pocos meses después de la visita del general Fugeret sin recobrar un átomo de razón.

Ni uno de sus colegas, más escrupulosos que él, le juzgaron bastante sano de razón para recibir su testamento, y una parálisis incurable le hubiera impedido escribir su última voluntad, si es que la tenía.

Ningun heredero se presentó, y sus dos millones fueron entregados al Estado, en cuya

caja desaparecieron como un débil hilo de agua en el mar, sin dejar huella.

Algunos clientes, muy pocos, despojados por aquel hombre pudieron entrar—según la expresión vanal—en sus fondos y entre estos privilegiados es preciso contar á la señorita de Solmes, gracias al reconocimiento de esta deuda exigido por el general Fugeret.

La joven marquesa colma de favores y se cuida de que no le falte nada á su antigua nodriza.

El mismo Chavarux, al ver tanta bondad, se ha hecho algo mejor.

Pero donde los jóvenes Caylus están con más frecuencia es en la Forge.

La Bretraña y la Sologne se reparten sus simpatías.

El coronel es para Magdalena y sus hijos el más delicado de los amantes y el mejor de los padres.

Elena de Solmes está considerada como hija de la casa.

Aurora la trata como á una hermana, y ha consentido en casarse, gracias al señor Brancur, que la ha repetido lo que en otro tiempo decía con sentimiento, pero con resignación sin duda, á su protegida:

—Casaos para olvidar vuestras penas.

El la ha encontrado lo que proponía á Magdalena de Arvil: un bravo oficial de caballería, de edad madura, distinguido y de gran porvenir, al que Elena no ha tenido nada que confesar de su debilidad de la Sauvetiere.

El coronel se había encargado de estas confesiones.

Elena purifica su debilidad por una vida de

honor y de deber, y nada más interesante que la amistad persistente de dos amigas de miserias.

La señorita de Solmes ha aportado á su matrimonio una dote considerable que su marido no exigía y que, por otra parte no necesitaba.

Esta dote ha sido depositada en el canastillo de boda por Aurora, que la había recogido de varias manos.

La vieja marquesa de Caylus, la señora de Brancurt y su marido, y hasta la señora Chagny, hoy viuda sin gran sentimiento, se han mostrado tanto más pródigas, cuanto que la generosidad les es fácil y la desposada era para todos una amiga más querida que una pariente y más cariñosa que muchas hijas y sobrinas.

¿Qué más decir?

Brigida, solicitada por Piriac, instalado definitivamente en Bretaña, sin intención de volver á París, que tanto conoce, no ha podido decidirse á casarse con él.

Está unida á su ama por lazos que no hacen más que estrecharse con el tiempo.

El doctor Chambry sigue visitando á sus enfermos y parece que por él no pasan días.

Mario Chabert dirige la educación de los dos hijos de Aurora, bajo el punto de vista del *sport*, y se encarga de sus primeras lecciones de esgrima.

Olimpia Andral, sombría y llena de remordimientos, se ha retirado á una casita de los alrededores de Sceaux, y no tiene más que un deseo: el de hacerse olvidar.

Marcelo Danglas ha ascendido, como era de esperar,

Se habla de él para ocupar una vacante de magistrado, que recientemente ha ocurrido en la Audiencia de París.

Catois, sigue desempeñando sus funciones y deseando con todo su corazón que al futuro magistrado le dé Dios en su nuevo cargo tan buena suerte como descanso á él le deja.

El célebre agente de policía continúa en su cargo; pero sin olvidar que se le escapó de las manos el asunto en que él fundaba todas sus esperanzas de ascenso.

Las últimas noticias recibidas del país anunciaban que el abate Asselin acababa de morir y que Piriac, definitivamente desalentado por Brigida, iba á casarse con la encargada del correo de Plélan.

Según todas las noticias, no hace mala boda.

Hace pocos meses le había entregado una carta del extranjero.

Esta era del barón Máximo de Saint-Aubin.

Después de diferentes tentativas, que no habían dado resultado al barón, había ido á hacer fortuna al Transvaal, el país de las minas de oro.

Todo marchaba bien.

Habiendo tenido que renunciar el juzgado á perseguirlo por falta de pruebas, pensaba volver á Francia.

Pero estos últimos días, un aviso de Johannesburg anunciaba que el barón había debido perecer en un ataque á mano armada dirigido contra él por una banda de cafres, en una exploración que había dirigido hacia las fronteras del Natal.

El viejo solitario de la Torre Blanca, que

no lee jamás un periódico, y al que su amigo el comandante Guerinat fué á comunicar la noticia, permaneció impassible al saber el fin trágico del último de su raza.

Desde la confesión de sus crímenes, su hijo habia muerto para él.

Sin embargo, al cabo de algunos minutos, el comandante, de quien el anciano se habia separado para ocultar tal vez una emoción muy natural, y que le seguía con la vista, le vió pararse detrás del tronco de un olmo, murmurar algunas oraciones, y volviéndose hacia el Norte, levantar el brazo hacia París y maldecir el mónstruo que despuebla las campiñas, dispersa las familias, corrompe los corazones, despierta apetitos feroces, engendra el crimen, siembra la locura, como un tifus inevitable y mortal, esparce de Norte á Sur y de Este á Oeste, á fuerza de tentaciones y de lujo, ese contagio del día al que nadie se escapa y que puede llamarse la *Fiebre de oro*.

FIN DE LA NOVELA.

